

El sanatorio de Poe



*La mejor antología del príncipe
de los poetas malditos*



www.romancenocturno.es.tl
versogotico@gmail.com



Preludio

Sin duda alguna Edgar Allan Poe es el príncipe de los poetas malditos, siempre demostró que el sacrificio vale la pena sufrirlo. Escarba en el gran caos que dejan los sentimientos para rendirle culto a aquello que convertido en recuerdo se niega a morir. Él la toma a la Muerte de la mano y luego le ofrece una copa.

Tenía tantos motivos para desaparecer de esta basura de mundo que prefirió escalar el monte de la melancolía para hacer más placentera la caída.

Los títulos de borracho, drogadicto, desquiciado mental o necrófago, son simples aposiciones que si las quitamos del universo Poe no cambiaría en nada la grandeza del mismo.

Y es que fue un alma privilegiada que nunca se dejó contaminar por la deshonra social. Alma que consciente de su superioridad cambió los jardines por parajes fantasmales y las rosas por tumbas en descomposición donde hasta el día de hoy sigue posado un cuervo.

Querido lector aquí encontrarás una selecta antología de los poemas más sombríos y deprimentes de uno de los escritores que más ha influido en el mundo de las artes. Escribir una biografía del mismo sería atentar a su legado. Así que nuevamente bienvenido a este “Romance Nocturno”.

Diego Riofrío Vivanco

Febrero del 2011

Quito-Ecuador



*A la muerte se la toma de frente con valor
y después se le invita a una copa...
(Edgar Allan Poe)*



Para Annie

¡Gracias a Dios, la crisis...
el peligro ha pasado!
Y el mal insistente
ya está superado...
Y la fiebre llamada «vida»
es terreno conquistado.

Sé, con tristeza,
que he perdido vigor
y, postrado en mi lecho,
me atenaza el sopor...
Mas ¡qué importa!...
Me siento francamente mejor.

Y tan manso en mi cama
yo reposo despierto
que cualquiera podría
suponer que me he muerto...
Suponer con espanto
que en verdad estoy muerto.

Los lamentos y gemidos,
los sollozos y suspiros
acallados están
por ese horrible latido
del corazón... ¡ah, ese horrible,
horrible latido!



El mareo... la náusea...
el dolor inclemente...
se han ido con la fiebre
que enloquecía mi mente...
Esa fiebre llamada «vida»
que abrasaba mi mente.

Mas de todas las torturas,
esa la peor mitigó...
Mitigó la sed horrible
que a beber me empujó
de las aguas naftalinas
del río de la pasión...
He bebido de un agua
que todo lo sació...

Un agua que surge
de un torrente bajo el suelo,
cantarina y alegre
como arrullo del cielo...
De una gruta escondida
a pocos metros del suelo.

No digáis sin fundamento
ni particular provecho
que mi alcoba es sombría
y ceñido mi lecho;
pues nunca nadie ha dormido
en jergón menos estrecho...
Quien duerme ha de soñar
en este tipo de lecho.



Espíritu atormentado,
aquí cómodo reposas
olvidando, o tal vez nunca
lamentando, tus rosas...
Tus antiguas inquietudes
de mirtos y de rosas.

Pues ahora, mientras yaces
apacible, interpretas
que te envuelve un perfume
más sagrado, de violetas...

Un olor de romero
combinado con violetas...
Con rudas y con hermosas
y puritanas violetas.

Y así yaces feliz,
bañado por la riqueza
de la verdad de ensueño
de Annie y de su belleza...
Y sus trenzas delicadas
te bañan con su tibieza.

Ella, tierna, me ha besado,
dulces caricias me ha hecho
y yo me he ido quedando
adormecido en su pecho...
Profundamente dormido
en el edén de su pecho.



Al extinguirse la luz
me ha arropado, maternal,
y ha rogado a los ángeles
que me guardaran del mal...
A la reina de los ángeles
que me proteja del mal.

Y tan quieto y tranquilo
reposo, tibio y cubierto
(sabiendo que ella me ama)
que diríais que estoy muerto...

Y reposo tan sereno
ahora, en mi lecho, cubierto
(con su amor junto a mi pecho)
que diríais que me he muerto...
Supondríais con espanto
que estáis mirando a un muerto..

Mas mi corazón irradia
una luz más estrellada
que las estrellas del cielo
pues Annie es su alborada...

Lo enciende el amor fulgurante
de mi Annie adorada...
Se enciende al pensar un instante
en su dulce mirada.



A... F...

¡Querida! Entre todas las penas
que jalonan mi senda terrenal
(triste senda sin apenas
una mísera rosa en el brocal),
mi espíritu, soñando cosas buenas
de ti, encontró tranquilidad
y un oasis de edénicas arenas.

Por eso cuando evoco tu recuerdo
veo una isla remota y encantada
en medio de un océano revuelto;
una isla que, a pesar de estar rodeada
por temibles borrascas y por vientos,
luce siempre sonriente y despejada
hasta en los peores momentos.



Annabel Lee

Hace ya muchos, muchos años,
en un reino junto al mar,
vivía una doncella a quién puedes conocer
por el nombre de Annabel Lee,
y esta muchacha vivía sin otro pensamiento
que el de amar y ser amada por mí.

Yo era un niño y era ella una niña
en ese reino junto al mar,
pero nos amábamos con un amor
tan grande cual jamás yo presentí,
yo y mi bella Anabel Lee,
los ángeles en el cielo envidiaban tal amor,
y los serafines nos miraban con rencor.

Ese fue el motivo por el cual,
¡Hace mucho tiempo ya!,
de los confines del océano y más allá
sopló el viento desde una nube y yo sentí
como se helaba mi bella Annabel Lee.

Entonces parientes ilustres vinieron
y en solemne funeral se la llevaron lejos de mí
para encerrarla en un sepulcro
en ese reino junto al mar.



Los ángeles que no eran muy felices en el cielo,
nos miraban desde su reino con recelo,
como todos los hombres saben
ese fue el motivo por el cual
el viento salió de una nube carmesí
para helar una noche a mi bella Annabel Lee.

Pero nuestro amor era más fuerte
que el de nuestros mayores
y ni siquiera los ángeles sobre el cielo
ni los demonios en el fondo del mar
podrán separar mi alma
del alma de Annabel Lee

Pues los astros no se elevan sin traerme ensueños
de la hermosa Annabel Lee
y la luna vaporosa jamás brilla baladí,
así toda la noche paso en la tumba
de mi querida, mi vida, mi esposa
en aquel sepulcro junto a la marea ruidosa.



A.F.S.O.

¿Deseas que te amen? No pierdas, pues,
el rumbo de tu corazón.
Sólo aquello que eres has de ser
y aquello que no eres, no.
Así, en el mundo, tu modo sutil,
tu gracia, tu bellísimo ser;
serán objeto de elogio sin fin
y el amor... un sencillo deber.



A. M.

No me aflige que mi cuota de mundo
Tenga poco de terrenal en ella;
Ni que años de amor, en un segundo
de rencor, se esfumen sin dejar huella.
No lamento que los desvalidos
sean, querida, más dichosos que yo.
Pero sí que sufras por mi destino,
Siendo pasajero como soy.



El día más feliz

El día más feliz, la hora más dichosa
que mi triste y marchito corazón vivió
y esa esperanza de poder y orgullo que vanidosa
presta voló.

¿Dije poder? Pues sí, tal yo pensaba,
pero ¡ay!, ha tiempo que se desvanecieron
las visiones que en mi juventud guardaba

Y al final murieron.
¿Y el orgullo? ¿Qué tengo yo que ver contigo?
Aún es posible que otra infausta alma
reciba el veneno que me diste enemigo

El día más feliz, la hora más dichosa
que mis ojos verán o han visto enardecidos,
del orgullo y poder la visión majestuosa,
¡Son sueños idos!

Mas si aquella esperanza de poder y de orgullo
se me ofreciera hoy con su dolor y su melancolía
pienso que aun así el vano orgullo
una vez más no viviría.

Porque en sus alas hubo un polvo oscuro
que al aletear cayó en lluvia dispersa
esencia poderosa y malhadada
que mata al alma con su roce impuro.



Los espíritus de la muerte

I

Tu alma, con sus sombríos pensamientos,
se hallará sola en la siniestra tumba.
Nadie querrá saber lo que en secreto
tu corazón y tu conciencia ocultan.

II

Sé silencioso en soledad tan grande,
que no es tal soledad, pues te circundan,
los espíritus todos de la muerte,
que ya en vida rondaban en tu busca.
Ellos querrán ensombrecerte el alma
con sus negros arcanos y sus dudas.
Sé silencioso en soledad tan grande;
cierra los labios cual la misma tumba.

III

Y la noche, aunque clara y luminosa,
se tornará de pronto en cueva oscura;
desde sus altos tronos las estrellas
no alumbrarán tu soledad adusta.
Mas sus rojizos globos sin fulgores
han de ser a tu tedio y a tu angustia
como incendio voraz, cual una fiebre
de los que libre no has de verte nunca.



IV

No podrás desechar los pensamientos
ni las visiones que tu mente turban,
y que antes en tu espíritu dejaban
la huella del rocío en la llanura.

V

La brisa, que es de Dios el puro aliento,
soplará en torno de la helada tumba,
y en la colina tenderá su velo
la niebla vaporosa y taciturna.
Las tinieblas, las sombras invioladas
símbolo y prenda son; hablan y auguran.
Sobre las altas copas de los árboles
tiende el misterio su cerrada túnica.



A mi madre

¡Porque sé que los ángeles que viven en el cielo
y que entre ellos entonan sus más hermosos cantos,
no han hallado palabra que tenga los encantos
que aquel de «madre», del amor gemelo.

Yo te doy ese nombre porque así lo ha querido
mi corazón: Tú has sido más que la madre mía,
cuando nuestra Virginia dejó la tierra un día
y tu amor llenó entonces mi corazón dolido.

Mi pobrecita madre -que se fue tan temprano-
era mi propia madre, mas tú lo eres de aquella
que me fue tan querida en la vida, y por ella,

te amo más que a la madre que fue la mía
con ese amor intenso de mi esposa querida
que era, para mi alma, más que su propia vida.



Eulalia

Desterrado del mundo voluntario,
entre quejas y lágrimas vivía;
era mi alma tristísimo calvario
sin amores ni dulce compañía.

Mas Eulalia, gentil y pudorosa
llegó a ser mi agradable compañera,
y en sus bucles auríferos, la hermosa
recibió mi caricia placentera.

En la noche el fulgor de las estrellas
no iguala sus miradas tan radiantes,
ni en el mínimo crepúsculo hay en ellas
que irise cual sus ojos tan brillantes.

Los bucles que ella ostenta en sus cabellos
inculcan en mi ser la poesía,
y Astarté lanza cálidos destellos
contemplando a mi Eulalia noche y día.

Suspiro por suspiro su alma entera
Eulalia me dedica con amor;
no me invade ya más la duda artera,
ni yazgo en el abismo del dolor.



Para alguien en el cielo

Para mi alma, fuiste, amor,
cuanto en el mundo sonreía,
la isla verde en el mar, amor,
y la fuente y el ara pía.
Flores brotaban en redor,
y cada flor, fue sólo mía.

¡Sueño fugaz, de tan brillante!
¡Níveo estelar que tan puro,
lució un instante!
En vano a mi alma lo futuro
clama: -¡Adelante!
vuelta al pasado, abismo oscuro,
persigue mudo el sueño amante.

Pues, ¡ay de mí!, la luz de vida
se me ha extinguido por jamás.
“Ya nunca más -no más- no más”
Así a la playa combatida,
mar solemne, diciendo vas
¡Tenderás vuelo, águila herida,
árbol seco florecerás!

Y éxtasis son mis noches hondas;
y estoy contigo alma fraterna
donde el mirar celeste ahondas,
donde el flotante andar gobiernas,
al ritmo de qué etéreas rondas
y ante cuáles ondas eternas.



La ciudad en el mar

¡Mira! La muerte se ha izado un trono
en una extraña y solitaria ciudad
allá lejos en el sombrío Oeste,
donde el bueno y el malo y el mejor y el peor
han ido a su reposo eterno.
Allí capillas y palacios y torres,
torres devoradoras de tiempo que no se estremecen
no se asemejan a nada que sea nuestro.
En los alrededores, olvidadas por vientos inquietos
resignadamente bajo el cielo
las melancólicas aguas reposan.

No bajan rayos de luz del santo cielo
a esta ciudad de la eterna noche.
Pero una luz interior del lívido mar
proyecta silenciosas torrecillas,
resplandecen los pináculos por todas partes
cúpulas-agujas, salones reales,
pórticos, paredes estilo babilónico,
sombrias y olvidadas glorietas
de hiedra esculpida y flores pétreas,
y muchos, muchos maravillosos santuarios
cuyos ensortijados frisos entrelazan
la viola, la violeta y la vid.



Resignadamente bajo el cielo
las melancólicas aguas reposan.
Tanto se mezclan allí las torres y las sombras
que parecen péndulos en el aire
mientras que desde una altiva torre en la ciudad
la muerte mira hacia abajo como desde una enormidad.

Allí los tiempos abiertos y las descubiertas tumbas
bostezan a nivel con las luminosas olas,
pero no las riquezas que allí yacen
en cada uno de los ojos de diamante del ídolo,
los muertos alegremente enjoyados
no tientan las aguas desde sus lechos;
pues no se rizan las ondas,
¡Ay! en este desierto de cristal.
Ninguna agitación dice que los vientos pueden estar
en algún mar lejano y más feliz.
Ninguna ola sugiere que los vientos han estado
en mares menos espantosamente serenos.

¡Pero, mira! ¡Algo se agita en el aire!
La ola. ¡Hay un movimiento allí!,
como si las torres se hubieran apartado,
sumergiéndose lentamente, la lenta marea,
como si sus cimas débilmente hubieran dejado
un vacío en el brumoso cielo.
Las olas tienen ahora un brillo rojizo
las olas respiran desmayadas y lentas.
Y cuando ya no hay lamentos terrenales
baja, baja esta ciudad hasta donde se quedará desde ahora.
El infierno, elevándose desde mil tronos,
le hará reverencias.



Un himno

I

¿Cómo será leído el rito del entierro?
¿La solemne canción cantada?
¿El réquiem para la más bella muerta,
que haya muerto tan joven?

II

Sus amigos están contemplándola,
en su vistoso féretro.
¡Y lloran! ¡Oh!, deshonar
la belleza muerta, con una lágrima!

III

Ellos la amaban por su riqueza
la odiaban por su orgullo.
Pero ella creció con salud feble,
y ellos la aman, pues murió.

IV

Ellos me dicen (mientras hablan
de su "costosa mortaja bordada")
que mi voz se está volviendo débil,
que no debería cantar de ningún modo.

V

¡Oh, que mi tono debiera
adecuarse a tan solemne canción
tan lastimera, tan lastimera,
que la muerta no sintiese agravio.



VI

Pero ella se ha ido arriba,
con la joven esperanza a su lado,
y yo estoy embriagado con el amor
de la muerta, que es mi novia.

VII

De la muerta de la muerta que yace
toda perfumada aquí,
con la muerte en los ojos,
y la vida en el cabello.

VIII

Así en el ataúd recio y largo
yo golpeo. El susurro enviado
por las grises cámaras a mi canción
será el acompañamiento.

IX

Tú bien moriste en el junio de tu vida,
pero no moriste demasiado bella
no moriste demasiado pronto,
no con demasiada calma en el aire.

X

Por eso, para ti esta noche
no elevaré un réquiem,
pero te llevaré en tu vuelo,
con un himno de antaño



Un sueño dentro de un sueño

¡Recibe en la frente este beso!
Y, por librarme de un peso
antes de partir, confieso
que acertaste si creías
que han sido un sueño mis días;
¿Pero es acaso menos grave
que la esperanza se acabe
de noche o a pleno sol,
con o sin una visión?
Hasta nuestro último empeño
es sólo un sueño en un sueño.

Me encuentro en la costa fría
que agita la mar bravía,
oprimiendo entre mis manos,
como arena, oro en granos.
¡Qué pocos son! Y allí mismo,
de mis dedos al abismo
se desliza mi tesoro,
mientras lloro, ¡Mientras lloro!,
¿Evitaré ¡oh Dios! su suerte
oprimiéndolos más fuerte?

¿Del vacío despiadado
ni uno solo habré salvado?
¿Cuánto hay de grande o de pequeño?
¿Es solo un sueño dentro de un sueño?



Leonora

¡El vaso se hizo trizas! Desapareció su esencia
¡Se fue; se fue! ¡Se fue; se fue!
Doblad, doblad campanas, con ecos plañideros,
que un alma inmaculada de Estigia en los linderos
flotar se ve.

Y tú, Guy de Vere, ¿qué hiciste de tus lágrimas?
¡Ah, déjalas correr!
Mira, el angosto féretro encierra a tu Leonora;
oye los cantos fúnebres que entona el fraile; ahora

Ven a su lado, ven.
Antífonas salmodien a la que un noble cetro
fue digna de regir;
un ronco De Profundis a la que yace inerte,
que con morir
indignos, los que amábais en ella solamente
las formas de mujer,
pues su altivez nativa os imponía tanto,
dejasteis que muriera, cuando el fatal quebranto
Posó sobre su sien.

¿Quién abre los rituales? ¿Quién va a cantar el Réquiem?
Quiero saberlo, ¿quién?
¿Vosotros miserables de lengua ponzoñosa
y ojos de basilisco? ¡Mataron a la hermosa,
Que tan agraciada fue!



¿Peccavimus cantasteis? Cantasteis en mala hora
el Sabbath entonad;
que su solemne acento suba al excelso trono
como un sollozo amargo que no suscite encono
en la que duerme en paz.

Ella, la hermosa, la gentil Leonora,
emprendió el vuelo en su primer aurora;
ella, tu novia, en soledad profunda
¡Huérfano te dejó!

Ella, la gracia misma ahora reposa
en rígida quietud; en sus cabellos
hay vida aún; mas en sus ojos bellos
¡No hay vida, no, no, no!

¡Atrás! Mi corazón late de prisa
y en alegre compás. ¡Atrás! No quiero
cantar el De Profundis majadero,
porque es inútil ya.

Tenderé el vuelo y al celeste espacio
me lanzaré en su noble compañía.
¡Voy contigo, alma mía, sí, alma mía
y un himno te cantaré!

¡Silencio las campanas! Sus ecos plañideros
acaso lo hagan mal.
No turben con sus voces la beatitud de un alma
que vaga sobre el mundo con misteriosa calma
y en plena libertad.



Respeto para el alma que los terrenos lazos
triunfante desató;
que ahora luminosa flotando en el abismo
ve amigos y contrarios; que del infierno mismo
al cielo se lanzó.

Si el vaso se hizo trizas, su eterna esencia libre
¡Se va, se va!
¡callad, callad campanas de acentos plañideros,
que su alma inmaculada del cielo en los linderos
tocando está!



Solo

Desde mi hora más tierna no he sido
como otros fueron, no he percibido
como otros vieron, no pude extraer
del mismo arroyo mi placer,
ni de la misma fuente ha brotado
mi desconsuelo; no he logrado
hacer vibrar mi corazón al mismo tono
y si algo he amado, lo he amado solo.

Entonces, en mi infancia, en el albor
de una vida tormentosa, del crisol
del bien y el mal, de su raíz misma,
surgió el misterio que aún me abisma:
desde el venero o el vado,
desde el rojo acantilado,
desde el sol que me envolvía
en otoño con su pátina bruñida,
desde el arroyo electrizante
que me rozó, seco y rasante,
desde el trueno y la tormenta
y la nube cenicienta
que en el cielo transparente
formó un demonio en mi mente.



El vengador gusano

¡Véanla! ¡Es una noche de gala,
en los últimos años desolados!
La muchedumbre de ángeles con alas,
con velos y de lágrimas bañados
son platea de un teatro que observa
una tragedia de esperanzas y temores,
mientras la orquesta ejecuta,
la música sin final de las esferas.

Imágenes de la deidad que está en lo alto;
allí los mimos reniegan y murmuran,
corren de aquí para allá;
y los provocan amplias cosas sin forma
que el escenario perturban de continuo,
exhalando de sus alas desplegadas
un invisible y prolongado sufrimiento.

¡Este múltiple espectáculo nunca,
nunca más será olvidado!
Con su fantasma para siempre perseguido
por una muchedumbre que no puede alcanzarlo,
cruzando un círculo que gira siempre
en un mismo sitio.
Y mucho de locura y mucho de pecado
y mucho horror ,son el alma de la intriga.



¡Pero mirad: entre los mimos en desorden
una forma reptante se evidencia!
¡Roja como la sangre se retuerce
sobre la escena desnuda!
¡Se retuerce y retuerce! Entre tormentos,
los mimos son su presa,
sus fauces destilan sangre humana
y los ángeles lloran por su causa.

¡Se apangan las luces, todas, todas!
Y sobre cada forma temblorosa
cae el telón como cortina funeraria,
con todo el retumbar de las tormentas.
Y los ángeles pálidos y mustios,
se levantan, se quitan los velos, y afirman
que la tragedia es la del hombre
y su héroe el vencedor gusano.



Ulalume

Los cielos cenicientos y sombríos,
crespas las hojas, lívidas y mustias,
y era una noche del doliente octubre
del tiempo inmemorial entre las brumas,
era en las tristes márgenes del Auber,
el lago tenebroso de aguas mudas,
ante los bosques tétricos del Weir,
la región espectral de la pavora.

A solas con mi alma recorría
avenida titánica y oscura
de fúnebres cipreses, o con mi alma,
con Psiquis, alma que el misterio turba...
Era la edad del corazón volcánico
como las llamas del Yaanek sulfúreas,
como las lavas del Yaanek que brotan
allá del polo en la región nocturna.

Pocas palabras nos dijimos,
era como una confidencia íntima y muda;
palabras serias, pensamientos graves
que la memoria para siempre turban;
no recordamos que era el triste octubre,
que era la noche, ¡noche infausta y única!
no recordamos la región del Auber
que tanto conoció mi desventura,
ni el bosque fantasmagórico del Weir,
la región espectral de la pavora.



Y cuando la noche avanza
de estrellas al vago temblor
al fin de la oscura avenida
un lánguido rayo se ve,
fulgor diamantino que anuncia
de fúnebre velo a través,
que emerge de nube fantástica
la luna, la blanca Astarté.

Y yo dije a mi alma: -Más que Diana
ardiente aquella misteriosa luna
rueda al través de un éter de suspiros;
lágrimas de su faz una por una
caen donde el gusano nunca muere.
Para mostrarnos la celeste ruta
y el alma imperio de la paz letea
atrás deja a Leo en las alturas,
sus estrellas traspasando,
de Leo a su despecho, ora nos busca
y sus miradas límpidas y dulces
son las miradas que el amor anuncian-.

Mas, Psiquis dijo señalando al cielo:
-La palidez de ese astro me conturba;
pronto, huyamos de aquí pronto, es preciso-.
Y de sus alas recogió las plumas
con intenso terror, y sollozando,
presa de pronto de invencible angustia
plegó las alas hasta el polvo frío
lentas dejando descender las plumas.



Y yo le dije: -Tu terror es vano,
sigamos esa luz trémula y pura,
que nos bañen sus rayos cristalinos,
sus rayos sibilinos que ya auguran
e irradian la belleza y la esperanza.

Mira: la senda de los cielos,
sigamos sin temor sus limpias rayas
que ellos a playa llevarán seguro,
sigamos esa luz limpia y tranquila
a través de la bóveda cerúlea-.

Tranquilicé a mi Psiquis y besándola
de su mente aparté las inquietudes
y sus zozobras disipé profundas,
y convencerla que siguiera pude.
Llegamos hasta el fin; ¡ojalá nunca
llegara! Al fin de la avenida lúgubre
nos detuvo la puerta de una tumba
¡oh triste noche del lejano octubre!
nos detuvo la losa de una tumba,
de legendario monumento fúnebre.
¡Oh, hermana! -dije- ¿Qué inscripción confusa
en la sellada losa se descubre?
Respondióme: Ulalume: -ésta es su tumba,
¡la tumba de tu pálida Ulalume!-



Quedó mi corazón como ese cielo
ceniciento, como esas hojas mustias,
como esas hojas yertas y crispadas.
¡Ay!, pensé: el mismo octubre fue sin duda
fue en esa misma noche cuando vine
al través del horror y de la bruma
aquí trayendo mi doliente carga.

¡Oh, noche infausta, infausta cual ninguna!
¡Oh!, ¿qué infernal espíritu me trajo
a esta región fatal de la tristura?
Bien conozco el mudo lago del Auber,
y esta comarca que el horror anubla,
y el bosque fantástico de Weir,
¡la región espectral de la pavora!



Amigos que por siempre nos dejaron...

Amigos que por siempre
nos dejaron,
caros amigos para siempre idos,
fuera del Tiempo
y fuera del Espacio!
Para el alma nutrida de pesares,
para el transido corazón, acaso.



Imitación

Una ola insondable de inmune orgullo,
un misterio y un sueño,
tal debió parecer mi primera edad.

Yo añado que ese sueño
estaba atravesado por un pensamiento huraño,
siempre despierto, de seres que han existido,
y que mi espíritu no hubiera apercibido
jamás si los hubiera dejado pasar cerca de mi,
bajo mi ensoñadora pupila.

Que ningún otro, acá abajo,
herede esta visión de mi espíritu,
de esos pensamientos
que a cada instante quisiera dominar
y que se extienden como un hechizo sobre mi alma.

Porque, al fin, esa brillante esperanza
y ese tiempo liviano se han ido,
y mi reposo terrestre me ha dejado,
él también, con un suspiro, al pasar.

Entre tanto, no me preocupo de que él perezca
con un pensamiento que entonces amaba....!



El Cuervo

Una vez, al filo de una lúgubre media noche,
mientras débil y cansado, en tristes reflexiones embebido,
inclinado sobre un viejo y raro libro de olvidada ciencia,
cabeceando, casi dormido,
oyóse de súbito un leve golpe,
como si suavemente tocaran,
tocaran a la puerta de mi cuarto.
“Es —dije musitando— un visitante
tocando quedó a la puerta de mi cuarto.
Eso es todo, y nada más.”

¡Ah! aquel lúcido recuerdo
de un gélido diciembre;
espectros de brasas moribundas
reflejadas en el suelo;
angustia del deseo del nuevo día;
en vano encareciendo a mis libros
dieran tregua a mi dolor.
Dolor por la pérdida de Leonora, la única,
virgen radiante, Leonora por los ángeles llamada.
Aquí ya sin nombre, para siempre.



Y el crujir triste, vago, escalofriante
de la seda de las cortinas rojas
llenábame de fantásticos terrores
jamás antes sentidos. Y ahora aquí, en pie,
acallando el latido de mi corazón,
vuelvo a repetir:
“Es un visitante a la puerta de mi cuarto
queriendo entrar. Algún visitante
que a deshora a mi cuarto quiere entrar.
Eso es todo, y nada más.”

Ahora, mi ánimo cobraba bríos,
y ya sin titubeos:
“Señor —dije— o señora, en verdad vuestro perdón imploro,
mas el caso es que, adormilado
cuando vinisteis a tocar quedamente,
tan quedo vinisteis a llamar,
a llamar a la puerta de mi cuarto,
que apenas pude creer que os oía.”
Y entonces abrí de par en par la puerta:
Oscuridad, y nada más.

Escrutando hondo en aquella negrura
permanecí largo rato, atónito, temeroso,
dudando, soñando sueños que ningún mortal
se haya atrevido jamás a soñar.
Mas en el silencio insondable la quietud callaba,
y la única palabra ahí proferida
era el balbuceo de un nombre: “¿Leonora?”
Lo pronuncié en un susurro, y el eco
lo devolvió en un murmullo: “¡Leonora!”
Apenas esto fue, y nada más.



Vuelvo a mi cuarto, mi alma toda,
toda mi alma abrasándose dentro de mí,
no tardé en oír de nuevo tocar con mayor fuerza.
“Ciertamente —me dije—, ciertamente
algo sucede en la reja de mi ventana.
Dejad, pues, que vea lo que sucede allí,
y así penetrar pueda en el misterio.
Dejad que a mi corazón llegue un momento el silencio,
y así penetrar pueda en el misterio.”
¡Es el viento, y nada más!

De un golpe abrí la puerta,
y con suave batir de alas, entró
un majestuoso cuervo
de los santos días idos.
Sin asomos de reverencia,
ni un instante quedo;
y con aires de gran señor o de gran dama
fue a posarse en el busto de Palas,
sobre el dintel de mi puerta.
Posado, inmóvil, y nada más.

Entonces, este pájaro de ébano
cambió mis tristes fantasías en una sonrisa
con el grave y severo decoro
del aspecto de que se revestía.
“Aun con tu cresta cercenada y mocha —le dije—,
no serás un cobarde,
hórrido cuervo vetusto y amenazador.
Evadido de la ribera nocturna.
¡Dime cuál es tu nombre en la ribera de la Noche Plutónica!”
Y el Cuervo dijo: “Nunca más.”



Cuánto me asombró que pájaro tan desgarrado
pudiera hablar tan claramente;
aunque poco significaba su respuesta.
Poco pertinente era. Pues no podemos
sino concordar en que ningún ser humano
ha sido antes bendecido con la visión de un pájaro
posado sobre el dintel de su puerta,
pájaro o bestia, posado en el busto esculpido
de Palas en el dintel de su puerta
con semejante nombre: “Nunca más.”

Mas el Cuervo, posado solitario en el sereno busto.
las palabras pronunció, como vertiendo
su alma sólo en esas palabras.
Nada más dijo entonces;
no movió ni una pluma.
Y entonces yo me dije, apenas murmurando:
“Otros amigos se han ido antes;
mañana él también me dejará,
como me abandonaron mis esperanzas.”
Y entonces dijo el pájaro: “Nunca más.”

Sobrecogido al romper el silencio
tan idóneas palabras,
“sin duda —pensé—, sin duda lo que dice
es todo lo que sabe, su solo repertorio, aprendido
de un amo infortunado a quien desastre impío
persiguió, acosó sin dar tregua
hasta que su cantinela sólo tuvo un sentido,
hasta que las endechas de su esperanza
llevaron sólo esa carga melancólica
de ‘Nunca, nunca más’.”



Mas el Cuervo arrancó todavía
de mis tristes fantasías una sonrisa;
acerqué un mullido asiento
frente al pájaro, el busto y la puerta;
y entonces, hundiéndome en el terciopelo,
empecé a enlazar una fantasía con otra,
pensando en lo que este ominoso pájaro de antaño,
lo que este torvo, desgarrado, hórrido,
flaco y ominoso pájaro de antaño
quería decir graznando: “Nunca más.”

En esto cavilaba, sentado, sin pronunciar palabra,
frente al ave cuyos ojos, como-tizones encendidos,
quemaban hasta el fondo de mi pecho.

Esto y más, sentado, adivinaba,
con la cabeza reclinada
en el aterciopelado forro del cojín
acariciado por la luz de la lámpara;
en el forro de terciopelo violeta
acariciado por la luz de la lámpara
¡que ella no oprimiría, ¡ay!, nunca más!

Entonces me pareció que el aire
se tornaba más denso, perfumado
por invisible incensario mecido por serafines
cuyas pisadas tintineaban en el piso alfombrado.
“¡Miserable —dije—, tu Dios te ha concedido,
por estos ángeles te ha otorgado una tregua,
tregua de nepente de tus recuerdos de Leonora!
¡Apura, oh, apura este dulce nepente
y olvida a tu ausente Leonora!”
Y el Cuervo dijo: “Nunca más.”



“¡Profeta!” —exclamé—, ¡cosa diabólica!
¡Profeta, sí, seas pájaro o demonio
enviado por el Tentador, o arrojado
por la tempestad a este refugio desolado e impávido,
a esta desértica tierra encantada,
a este hogar hechizado por el horror!
Profeta, dime, en verdad te lo imploro,
¿hay, dime, hay bálsamo en Galaad?
¡Dime, dime, te imploro!”
Y el cuervo dijo: “Nunca más.”

“¡Profeta! —exclamé—, ¡cosa diabólica!
¡Profeta, sí, seas pájaro o demonio!
¡Por ese cielo que se curva sobre nuestras cabezas,
ese Dios que adoramos tú y yo,
dile a esta alma abrumada de penas si en el remoto Edén
tendrá en sus brazos a una santa doncella
llamada por los ángeles Leonora,
tendrá en sus brazos a una rara y radiante virgen
llamada por los ángeles Leonora!”
Y el cuervo dijo: “Nunca más.”

“¡Sea esa palabra nuestra señal de partida
pájaro o espíritu maligno! —le grité presuntuoso.
¡Vuelve a la tempestad, a la ribera de la Noche Plutónica.
No dejes pluma negra alguna, prenda de la mentira
que profirió tu espíritu!
Deja mi soledad intacta.
Abandona el busto del dintel de mi puerta.
Aparta tu pico de mi corazón
y tu figura del dintel de mi puerta.
Y el Cuervo dijo: “Nunca más.”



Y el Cuervo nunca emprendió el vuelo.
Aún sigue posado, aún sigue posado
en el pálido busto de Palas.
en el dintel de la puerta de mi cuarto.
Y sus ojos tienen la apariencia
de los de un demonio que está soñando.
Y la luz de la lámpara que sobre él se derrama
tiende en el suelo su sombra. Y mi alma,
del fondo de esa sombra que flota sobre el suelo,
no podrá liberarse. ¡Nunca más!



*Publicaciones digitales para toda
Latinoamérica*

ROMANCE



NOCTURNO

www.romancenocturno.es.tl